

**Dolores y Gabriel.**

**M**IRÉ alrededor de mí intentando descubrir el camino por donde había podido escaparse, y mi vista se detuvo al punto en la abertura de una pequeña escalera de caracol que daba a otra pieza.

Descendí unos escalones y me encontré en una especie de salón de fumar decorado al estilo oriental, que me pareció de proporciones harto exiguas después de la visión del famoso comedor.

Alargué la cabeza por encima de la rampa de la escalera para ver si descubría a mi personaje.

Al momento vi a dos seres, jóvenes y hermosos, que parecían tan ocupados de sí mismos que inmediatamente deduje que no había la menor posibilidad de que alguno de los dos fuera mi organista.

Graciosamente tendida en un diván, reposando su hermosa cabeza morena en almohadones

de seda de violentos colores, se hallaba una mujer, e inmediatamente pensé que debía ser mi española de por la mañana...

Por lo demás, habló en seguida en español, y el joven que se hallaba tendido a sus pies sobre el tapiz y le sujetaba y acariciaba amorosamente las manos, le respondió en la misma lengua.

Sin embargo, por su voz y su acento me quedé convencido de que me hallaba enfrente del francés, gascón o vasco al que había oído interesarse con tanta solicitud por la salud de la "gitana". Esta decía:

—Sí; esta noche ha sido muy dulce la canción del capitán. ¡Me gusta que toque así, porque hay noches en que me causa espanto, más que con nada, a veces, con su música! Por lo demás, está en uno de sus buenos días... Esta noche, como me quejara en la mesa de que no se me hubiera permitido desembarcar, aunque sólo hubiera sido por una hora, media hora... siquiera unos minutos... y que a causa de eso estaba tan triste que se me saltaban las lágrimas, me cogió la mano, la besó y me dijo: "Un poco de paciencia todavía, Dolores, y acabarán sus males... Dentro de poco podrá usted ser feliz en tierra todo el tiempo que quiera..."

—¿De verdad? ¿Ha dicho eso?...

—Sí, te lo juro; no son mentiras para hacerte tener paciencia, amor mío... Es verdad que me lo ha dicho...

—Sí, pero ¿se sabe nunca con tu capitán...?

—¡No hables mal del capitán Hyx! ¡Es muy bueno! ¡Estoy segura!

Aquí pongo en el acto, yo, Carolus-Herbert de Renich, que escribo estas líneas y escuchaba esas palabras, pongo aquí sin titubear la verdadera ortografía del nombre del capitán: ¡Hyx! Estas tres letras que equivalen a la X (1), a la incógnita de las ciencias matemáticas, estas tres letras que yo había visto repetidas con harta frecuencia en el curso de mi vagabundaje por el navío, ya en las paredes de hierro, ya en los muebles, formaban, pues, el nombre del desconocido que mandaba este barco.

¡El capitán Hyx!...

¡Era entonces el capitán Hyx el que hacía un momento había arrancado al órgano ese dulce dolor sublime! ¡Gran talento de aficionado tenía el capitán Hyx!... ¡Pero oigamos a Dolores! ¡Sí; oigamos con toda atención a Dolores, oigámosla, que acaso me hará saber todavía algo muy importante!...

Pero... Dolores no dice nada. Pasa sus bellas manos por los cabellos de ese joven y sólo se ocupa de su amor.

De cuando en cuando ambos vuelven la cabeza hacia una puerta, por la cual parecen esperar a alguien, y luego, seguros de que la puerta sigue cerrada, se besan en el pelo y en las manos como locos... El la llama Dolores... Ella le llama Gabriel... ¡Dios santo, qué hermosos son!...

—Sé cuánto le debo al capitán Hyx—dice él.

—Todo—interrumpe ella—. ¡Le debes todo! No lo olvidas...

(1) *Hyx* es la representación gráfica de la pronunciación francesa de la letra *x*.—(N. del T.)

—¡Le debo *tu vida!* Por consiguiente, le debo la mía. ¿Cómo voy a olvidarlo? ¡Es inútil interrumpirme para decirme eso!

—Hago lo que me da la gana—replicó vivamente Dolores—, y te interrumpiré cuanto guste y sólo hablarás cuando yo quiera y te callarás si tu voz me molesta; ¿no es así, Gabriel?

—¡Sí, Dolores; todo lo que tú quieras! ¿Tengo derecho a decir que el capitán Hyx...?

—¡No!

Gabriel apretó los puños.

—¡Oh, cuánto le querría si me dejara volver a San Juan de Luz! ¿Qué pensarán allí de mí?

—¡Pues que has muerto!... ¿Qué puede importarte eso, puesto que no tienes padres?

—¡Pensarán que he desertado! Eso es lo que pensarán. ¿Le has dicho que esta idea me volvía loco?

—Sí; y me ha contestado que te tranquilizara y como yo insistiera, ha añadido: "¡Ese muchacho va a acabar por fastidiarme! ¡No sospecha que nunca ha cumplido mejor sus deberes militares!" De manera que cálmate.

Gabriel se había erguido.

—¡Se burla de mí! En primer lugar, ¿es que sé yo quién es él? ¡Nadie sabe aquí quién es! ¿Sé yo pues, si tiene derecho a hablar como lo hace?... ¿Qué diré yo si vuelvo a Francia con las manos vacías? ¡Después de semejante ausencia!... ¡Pasaré por traidor!... ¡Que no siga, pues, mezclándose en nuestros asuntos!... ¡Si te ha salvado, que no sea para perdernos!... ¿Qué es lo que se le pide? Que nos desembarque en San Juan a los dos, jurán

dole que no volveremos a ocuparnos de él *ni de nadie...* ¿Le has dicho que si nos desembarcara nosotros no haríamos nada *que pudiera desagradarle?*

—Sí; pero no se lo cree. Y hasta creo que es completamente inútil insistir...

—En fin—exclamó el otro lleno de rabia—, ¿no te ha dicho cuánto tiempo podrá durar esto todavía? ¡Cuando vine aquí llamado por ti misma, fué para salir contigo aquella misma noche!... ¡Y desde entonces estamos prisioneros del mar en el fondo de esta caldera de demonios! ¡Y además, mira, no me gusta nada la manera de trabajar de este hombre! ¡Oh, no!

—¡Cállate! ¡Oh, cállate! ¡Podrían oírte!

—¡Ah, trabajar sobre el agua... sobre el agua! ¡Coger a los boches bajo el sol... como un soldado que soy yo y no como un verdugo que es él! ¡Oh, Dios mío! ¿Cuándo me permitirá este hombre volver a trabajar bajo el sol?

—¿Te quieres callar, di? ¿Te quieres callar? ¡Vienen!... Ten cuidado. Es el irlandés.

Se oían pasos, en efecto.

Gabriel escuchó y dijo:

—No. Reconozco el paso del doctor.

Empujaron la puerta y entró un hombre de barba grisácea que podría tener unos cincuenta años. Llevaba un vago uniforme de oficial de marina, y en el cuello de su guerrera se veían pequeñas V de oro. Se dirigió derechamente a la pareja de enamorados con la mano tendida. Tenía una sonrisa benévola y triste.

—¿Y qué, doctor—preguntaron los otros dos

haciéndole sentarse junto a ellos—, qué hay de nuevo?

—Creo que hay algo de nuevo, hijos míos—repuso el otro—; pero no podría deciros con exactitud en qué consiste. Lo cierto es que el capitán me ha parecido hallarse de un humor excelente...

—¿Eh? ¿Qué te decía yo, Gabriel?...

—¡Le he hablado de ustedest!

—¡Ah, ah, cuéntenos!

—Le he hablado también de mí... A mí, hijos míos, me pasa lo que a ustedes... ¡no puedo más! ¡Esto es completamente superior a mis fuerzas. Yo había contado demasiado con... mi valor, si ustedes quieren. Pues bien, le he dicho: "¡No puedo continuar aquí!" Y esto, en cuanto he sabido que se había embarcado a ese horrible chino.

—¿Se ha atrevido usted a decirle eso?—exclamó Dolores; y añadió, conteniéndose de súbito:

—¡Oh! Hablemos más bajo.

—¡Oh!, podemos estar tranquilos! Ha vuelto a sus departamentos y se ha puesto a trabajar después de haberme dado las buenas noches... Les aseguro que apenas se ocupa de nosotros; creo que tiene que hacer algo más que espiarlos. Eso sin contar con que lo que podamos decir le es completamente indiferente.

—Tanto más cuanto que siempre sabe lo que pensamos—añadió Dolores—. Hasta en eso es completamente extraordinario... Pero ¿qué le ha contestado a usted, doctor?

—Me ha dicho: "Había previsto su petición,

por lo que quedará usted libre dentro de unos días... Puedo incluso anunciarle que tiene usted ya cinco substitutos."

—¿Cinco?—exclamaron los dos jóvenes.

—¡Sí, cinco! Al parecer, va a haber mucha tarea para los médicos dentro de poco tiempo...

—¿Aquí?—preguntó Dolores estremeciéndose.

—¡Oh, aquí... o en otra parte!—repuso el doctor enigmáticamente.

—¿Aquí? ¡Yo creía que aquí sólo había tarea para los verdugos!—exclamó Gabriel con voz sorda.

—¡Pero cállate, desgraciado!—exclamó Dolores tapándole la boca con la mano—. ¡Bien sabes que te prohíbo que hables así de los *Angeles de las aguas!*... Pero vamos a ver, doctor: a usted le ha dicho que quedaría libre dentro de unos días. Pero bueno, ¿y nosotros?

—¡Ustedes también!... ¡Ustedes también!...

—¿Lo ves, lo ves, Gabriel?—dijo Dolores apretándose contra el joven—. ¡Ten paciencia! ¡Ten paciencia! ¿No ha dicho más que eso?...

—Sólo ha puesto una condición a mi libertad—continuó el doctor—, y es que le dé mi palabra de hombre honrado de que tendré el valor de publicar en los periódicos todo lo que he visto aquí.

—¿Es posible?

—Incluso ha añadido: "Espero que quienes han tenido corazón para leer las torturas y las matanzas de Lovaina y Aerschot, no pensarán desmayarse de horror al leer que ha habido al-

guien que se prepara a vengar las víctimas y a causar espanto a los verdugos."

—*Que se prepara...*—dijo Gabriel con lúgubre ironía—. Pues entonces, ¿qué es lo que ha hecho hasta ahora?

—Hasta ahora... hasta ahora creo que puedo jurarle que...—profirió la trémula voz del doctor.

—¿Qué?... ¿Qué?... ¿Qué sabe usted... usted mismo?

—¡No! ¡No! ¡Bien sabe usted lo que espera para comenzar... para comenzar de verdad los grandes suplicios!

—¡Vaya! ¡Esto promete! ¡Y usted se pone en salvo!... ¡Aquí no hay más que crímenes y miedo! El médico se desconcertó.

—No le condene usted sin haberle escuchado—dijo.

—¡Oh, es verdad!—suspiró Dolores exhalando al mismo tiempo el humo odorante de su cigarrillo—. Mientras no se ha escuchado al capitán no puede decirse nada. ¡No puede decirse nada!

—Yo, después de que me habla—suspiró a su vez el doctor—, inclino la cabeza y me digo que quizás no soy más que un niño o un cobarde.

—Eso no es verdad; usted es un valiente!—exclamó Gabriel estrechándole las manos—. Y en cuanto a su capitán Hyx, no puede ser más que un loco (y es lo menos que puedo decir) para haber imaginado semejante tarea de sangre y de tinieblas.

—¡Basta, Gabriel, basta!—suplicó Dolores.

—¡No lo juzgue usted!... ¡No lo juzgue usted! En primer lugar, usted tiene menos derecho que nadie a hacerlo. ¿No le ha salvado a su prometida? Escúcheme, hijo mío: si un día le hubieran traído a Dolores con los miembros arrancados y los senos mutilados... como han hecho con mi hija...

El desgraciado no pudo continuar... Hundió la cabeza entre sus manos y se puso a sollozar en silencio.

Los otros dos, inmóviles, respetaban su dolor. Por último, el doctor se levantó bruscamente exclamando:

—¡Les digo a ustedes que hay momentos en que me considero un cobarde!

Y desapareció.

—¡Todo esto es espantoso!—suspiró Gabriel—. Nada quita que yo vuelva siempre a la misma conclusión: si uno quiere vengarse honradamente, no hay más que coger un fusil a la luz del sol.

—¡Sin duda, sin duda! Y a mí me parece, como a ti, que todo esto que nos rodea es horrible —repuso como un eco la dulce voz de Dolores—. Ciertamente puede pensarse eso; pero yo te suplico que no lo digas... ¿Me vas a comprender de una vez para siempre? Cierra los ojos y los oídos hasta nueva orden, y, sobre todo, *no juzgues*, como dice el doctor... Verdaderamente, eras más razonable cuando viniste aquí... acuérdate...

—Sí; porque aún me encontraba bajo el dominio de la desesperación. ¡Te había creído perdido!...

—¡Ah!, ¿lo ves? ¡Imagínate que me hubieras perdido realmente por culpa de ellos, por sus crímenes!...

—¡Dolores! ¡Dolores!—protestó Gabriel sacudiendo su hermosa cabeza de cabellera de león—... ¿No has encontrado nunca en el recodo de un corredor un *testimonio vivo* que se llevaba a su calabozo? ¡Entonces nunca has visto el horror pintado en un semblante!

—Escucha: yo no he visto nunca nada de esos horrores porque he obedecido siempre al capitán Hyx, que es bueno, y me ha recomendado que permanezca siempre en los departamentos grandes o que tome directamente el ascensor y siga por el décimo corredor, la segunda escalera y la primera escala si quiero ir a tomar el aire sobre el puente cuando se emerge... "De este modo—me dijo el capitán—no se expondrá usted a pasar por delante de las ventanas enrejadas..." Por lo tanto, no he visto... pero he oído... sí, he oído, una noche, una hermosa noche, unos ocho días después de que el capitán me libró de la muerte. Yo sabía que al día siguiente estarías junto a mí... que estaríamos juntos durante mucho tiempo lejos de todo peligro... ¡Tenía el corazón tan tranquilo, tan serena el alma, tras toda esa horrible historia en que había creído darme la muerte! Pronunciaba tu nombre y me dejaba mecer por el mar, calmar por la hora propicia... El cielo, en el que se encendían las primeras constelaciones, me parecía repleto de esperanzas. ¡Ay! Ignoraba que mi madre, creyéndome muerta, había partido ya hacia aquel bello

cielo... En fin, me sentía feliz, tan feliz, que no quise abandonar el puente sin rezar una oración de gracias a la Virgen y a Santiago de Compostela... Luego descendí ligera como un niño y, olvidando todas las recomendaciones que se me habían hecho, me puse a vagar por este prodigioso navío que empezaba a sumirse en el mar; también él parecía prepararse a reposar unas horas. Todo ruido había cesado a bordo; ya no oía la respiración, el latido potente de sus máquinas... Nos deslizábamos por la sombra misteriosa de las aguas como en un sueño... De pronto estalló un coro de demonios; un horrible clamor formado por cuatro voces distintas me desgarró los oídos y me suspendió el alma. ¡Pero no huí! Creí que habría ocurrido algún accidente terrible y me precipité hacia donde se hacía oír aquel horrible lamento cuádruple... Pero una mano despiadada me detuvo brutalmente, una mano que me rechazó, me hizo retroceder, me arrastró como un harapo a lo largo del dormitorio y me arrojó jadeando de espanto en este rincón del salón; mira, aquí, aquí... en este diván... Era él, el hombre cuyo rostro no había visto todavía, el hombre cuyo rostro quizás no lo vea nunca, mi salvador, él era quien me trataba así... Yo no reconocía su voz... ¡Era terrible... y me reprochaba mi desobediencia!... Me recordaba que se me había prohibido pasar por allí... ¡Y sobre todo me decía, con una especie de rabia reconcentrada, que aquellos gritos no le concernían a una señorita como yo!... Pero por terrible que fuera su voz, aún resonaban en mis oídos

aquellos gritos todavía más terribles, y estremeciéndome, me atreví a preguntarle si había ocurrido algún accidente... Entonces él se encogió de hombros con desprecio por una cosa tan insignificante como yo, que no comprendía nada, y me dijo: "No; no ha ocurrido ningún accidente... Pero vuelvo a repetirle que esos gritos no le interesan a usted." Y se marchó. Al día siguiente caí enferma con fiebre. El buen doctor me cuidó, y en un momento de crisis de piedad, como las tiene a menudo, me lo explicó todo! Era horrible en verdad; pero mucho menos terrible, sí, mucho menos terrible de lo que se hubiera uno podido imaginar al oír tales gritos... El doctor me dijo, y estoy segura de que se le puede creer, que sólo se trata aún de prisioneros a los que se lleva a las ventanas enrejadas para que vean lo que se hará con ellos exactamente algún día para vengar a tal o cual persona que han sido tratados del mismo modo por los boches en Bélgica o en algún otro sitio... Esto se les muestra en los cadáveres de los boches muertos horriblemente en las batallas honorables que les declara *El Vengador*. Y se fotografian esos horrores para que los prisioneros mismos envíen las fotografías a Alemania con el objeto de espantar y hacer reflexionar a los verdugos... ¿Eh? ¿Qué te parece? ¿Qué piensas tú? ¡Causarles miedo!... Es lo que yo decía hace un momento... Pero estoy bien segura (ino te apesadumbres de ese modo) de que el capitán no ha de pasar de ahí... de causarles miedo...

—Pues bien, yo te digo—exclamó Gabriel—

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1525 MONTESEY, MEXICO

que eres una niña y que eres tú la que no te atreves a pasar de ahí en tus pensamientos... ¿Cómo puedes imaginarte, vuelvo a repetirte, que se haya montado semejante sistema para causarles miedo? ¡Y esos gritos no se lanzan ante simulacros de suplicios! ¡No sabes lo que dices!... ¡Ya ves cómo se marcha el doctor! ¡Se marcha huyendo del asesino!

—¡Silencio! ¡Silencio!— prosiguió la joven—. Un día pronuncié yo esa misma palabra “asesino” a causa de eso y delante del doctor. Y apenas había salido esa palabra de mi boca cuando el capitán, alzando un fapiz, se irguió ante mí y me condujo de la mano como a una niña a la *oración nocturna*. ¡Ah! ¡Todos esos hombres que antes eran buenos y que ahora tienen más sed de sangre que los tigres de la selva!... Su oración me espantó todavía más que los gritos... ¡Si es que era posible!... ¡Si es que era posible!... Miré al hombre cuyo rostro no se conoce y sólo fué fuerzas para gemir: “¡Es horrible!” El Hombre me arrastró de nuevo rudamente tras de sí y me condujo a la “capilla”... Entonces, ¡oh, entonces!... ¿Tú no has ido nunca a la capilla?... ¡Entonces no puedes saber! ¿No has oído hablar nunca a este hombre en la “capilla”?... ¡Entonces no juzgues!... Nadie tiene derecho a juzgarle sino Dios. ¿Comprendes? ¡Dios y la Virgen!... Yo salí de la capilla sollozando y besándole las manos... Y luego has llegado tú... y no he querido ver nada más que nuestro amor... Y ya no he querido oír los gritos, ni he querido juzgar a este hombre... ¡Así, pues, haz como yo, Gabriel

mío! Tápate los oídos, mide tus palabras y ten paciencia... ¡Paciencia!

Pero Gabriel dijo:

—No sé lo que habrá podido contarte el capitán HÏx para conmoverte de tal modo; pero yo dudo que me hubiera convencido... ¡Siempre habrá cosas que un hombre valeroso, un hombre verdaderamente valeroso, no hará ni podrá ver hacer!

Entonces Dolores pareció perder por completo la paciencia. Tiró bruscamente su cigarrillo y dijo:

—¡Sí; tienes razón!... Hay cosas que un hombre valeroso, verdaderamente valeroso, no puede hacer ni ver hacer, aun cuando haya sufrido mucho, por mucho que los otros le hayan hecho llorar... Así, pues, estoy segura de que si a ti, Gabriel, a ti, que eres el hombre más valeroso que yo conozco, te hubieran presentado mi cadáver mutilado, con los senos arrancados, como decía el doctor...

Gabriel dió un salto. Atenazó de un modo terrible la mano de Dolores, y con los ojos llameantes y la boca ardiente, exclamó:

—¡Oh, te juro por la Virgen que no hubiera tenido un segundo de reposo mientras no hubiera respondido llaga por llaga al asesino o asesinos de Dolores! ¡Bien lo sabes tú; bien sabes que hubiera enrojecido mis brazos hasta el codo con su sangre y que, rugiendo de alegría, les hubiera arrancado las entrañas!

—¡Pues entonces, Gabriel mío, inquiétate algo menos por el trabajo de estas gentes!

—¡Pero lo que yo hubiera hecho en ese caso no tiene nada que ver con estas gentes! ¡Yo lo hubiera hecho sin reflexionar, como un insensato, como un loco de la venganza; pero no hubiera hecho de la tortura ni una ciencia ni una ley!... Eso es lo que yo encuentro horrible... ¡Horrible!... ¡Dolores! ¡Dime que tú también lo encuentras horrible!...

Ella no contestó y le besó en los párpados.

—¡Gabriel tiene razón! — exclamé yo.

Pero no me oyeron debido a que se estaban besando...

Yo estaba convencido de que no encontraría ocasión mejor que ésta para descubrirme. En suma, éstos parecían ser los únicos habitantes de este barco maldito que lamentaran los crímenes que en él se cometían. Su corazón era sensible. Yo podía esperar que comprenderían mi miserable aventura y me ayudarían a salir de ella.

¡Acaso me dieran también noticias de la pobre Amalia y de sus tres pequeñuelos!...

En fin, si me aconsejaban presentarme a ese extraordinario capitán Hyx estaba casi seguro de que intentarían defender mi causa. En resumidas cuentas, estos jóvenes, a primera vista, me parecían completamente simpáticos, y aunque no me había sabido muy bien la cólera de Gabriel a propósito de la singular imaginación que había tenido Dolores de evocar su cuerpo mutilado, yo me quedé convencido de que no encontraría otras almas más dulces a bordo del *Vengador*.

Había hecho ya un movimiento para entregarme, cuando se abrió una puerta y vi avanzar al Hombre de los ojos muertos.

— Ahí está el Irlandés — dijo la joven, y no parecía quererle mucho, pues le tendió la mano sin ninguna efusión. El otro se la estrechó enérgicamente a la vez que preguntaba:

—¿Cómo se encuentran ustedes?

—Estamos fatigados, vamos a acostarnos — repuso Gabriel—. ¿No hay novedad?

—Ninguna.

—¿Por qué no se nos ha dejado desembarcar en Madera? Nada tenían que temer de nosotros en Madera...

El Hombre de los ojos muertos repuso con una sonrisa perversa:

—¡Oh! Nos hemos detenido tan poco tiempo en las aguas de Madera... El tiempo justo para traerle al capitán Hyx unos toneles de un buen vino añejo que les hará saborear a ustedes uno de estos días. Tengan paciencia. ¡Es vino para ustedes!...

—¿Qué quiere usted decir? ¿Qué quiere usted decir? — exclamaron los dos jóvenes a la vez.

Pero el otro se había marchado ya.

Gabriel y Dolores se miraron. La joven dijo:

—¿Por qué nos habrá hablado de ese modo? ¿Qué habrá querido decir? ¡Este teniente Smith siempre tan enigmático!... ¡Quizás haya querido hablar del *vino de la venganza*!...

Entonces fué cuando, no pudiendo contenerme más, revelé mi presencia. Hice ruido en la escalera y me deslicé a lo largo de la rampa de



un modo bastante singular. Ellos lanzaron un grito mientras yo prorrumpí en un "¡chisi!"

—¡Por favor, cállense, o estoy perdido!

Ellos me miraban con ojos desorbitados.

Un hombre ataviado con pabellones como lo estaba yo, envuelto en señales multicolores y con el inquieto semblante que ofrecía sin duda bajo el desorden de mis cabellos aplastados, no podía por menos de obtener un éxito seguro de espanto o de hilaridad en la sociedad en que súbitamente hacía irrupción.

Gabriel y Dolores, tras haber sentido miedo, se echaron a reír como chiquillos que eran.

Yo me di cuenta de que se figuraban que era una farsa. Pero pronto les desengañé refiriéndoles mi historia en unas cuantas frases muy sentidas.

Les dije en primer lugar que me confiaba a ellos porque no dudaba de su corazón caballeresco y les revelé que aquel horroroso Irlandés de los ojos muertos había cometido en Funchal un verdadero crimen apoderándose, con la complicidad de algunos acólitos, de una mujer inocente de todos los crímenes que en aquel momento ensangrentaban la tierra. ¡No sólo habían raptado aquellos miserables a la mujer, sino también a sus tres hijitos!.. Y todo ello con un fin que solamente debía conocer aquel horrible Irlandés, pues parecía ser que no se había vanagloriado ante nadie de su fechoría.

—Hace un momento—les dije—oí cómo les hablaba. ¡Qué bien se ha guardado de darles a conocer su monstruosa tarea! Queriendo salvar

a esa infortunada mujer y a su familia, me vi llevado a saltar a una barca y a perseguirla.

Al llegar aquí me detuve un momento para respirar: de tal suerte me ahogaba la emoción. Por lo demás, percibía que era escuchado con gran simpatía.

—Continúe — me dijo la joven—... Continúe, buen hombre.

Yo me arrodillé ante Dolores, y después de haberle narrado los incidentes de la persecución y de mi naufragio y también de mi entrada furtiva en el submarino, exclamé:

—¡Señorita, estoy seguro de que usted me ayudará a arrancar a esta pobre mujer y a sus pobres pequeñuelos de entre las garras de estos bandidos!

—¿Quién es ella?... ¿Cómo se llama?—preguntó Gabriel, que no había dicho nada todavía.

—No es alemana — repuse yo volviéndome hacia Gabriel—... ¡Lo juro!... Es una buena burguesa, como yo, del buen país de Gulland...

—Pero ¿cómo se llama su marido?—insistió Gabriel.

—¡No es ni más ni menos que el almirante Heinrich von Treischke!

No había acabado de pronunciar estas últimas palabras, cuando ambos jóvenes me cogieron con una brutalidad extraordinaria y me gritaron, o, mejor dicho, me vociferaron en pleno rostro:

—¿La mujer del almirante von Treischke? ¿La mujer del almirante von Treischke está aquí? ¡La mujer de ese bandido... de ese miserable...

de ese asesino!.. (y otros términos equivalentes).

En el entretanto acudieron servidores atraídos por el ruido y los dos jóvenes me entregaron a ellos con amenazas de salvajes, cuyo sentido yo no acababa de comprender, pero que iban dirigidas, sin duda, al amigo del almirante von Treischke. De hecho sólo percibi bien una frase lanzada por Dolores en el momento en que era arrastrado lejos de la estancia entre una lluvia de golpes:

—¡Ah! ¡Ahora comprendo—decía—por qué ha tocado tan bien esta noche el capitán!

## XII

**No es el confort lo que falta en las prisiones del «Vengador».**

**E**L acontecimiento había sido tan contrario a lo que yo me esperaba, que en mi tristeza me preparé a todas las catástrofes.

La brutalidad con que se me hizo atravesar una gran parte de aquel monstruoso navío de piratas, la rápida carrera que hube de seguir a lo largo de interminables corredores y, en fin, la violencia con que tras abrirse una última puerta fui arrojado entre las manos de un demonio de negro, que me recibió con una risa diabólica, todo ello me confirmó en la idea de que había sonado mi última hora, y cerrando los ojos, dichoso por no tener que pensar más, ni luchar, ni huir, ni imaginar, ni ver, ni oír, ni saber nada del mundo y sus atrocidades, de sus querellas y sus guerras, de sus barbaries y sus venganzas, me desvanecí de nuevo, y esta vez con la única esperanza de no salir ya de la nada en que me sumía con éxtasis.

A la mañana siguiente me desperté tranquila-